

LOS ECONOMISTAS ESPAÑOLES Y LA LIBERTAD

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

ES difícil discrepar del sentido general del trabajo de Leandro Prados de la Escosura: a la economía española le habría ido mejor con más libertad. Pero ¿y a los economistas españoles?

Con justeza y pocas palabras definió Lucas Beltrán el papel de nuestros economistas entre comienzos del siglo XVI y mediados del XIX: «siempre discreto y ocasionalmente brillante». Los frailes salmantinos del XVI, que dieron con la teoría cuantitativa del dinero y los precios, y con la de la paridad del poder adquisitivo, son posiblemente los más brillantes, no sólo por sus hallazgos analíticos, sino porque formaron efectivamente una escuela de pensamiento, aunque quizá no propiamente económico. Después hay individuos más o menos destacables y ninguna escuela.

Puede hilarse un poco más fino y argumentar que la brecha entre España y Europa fue en este aspecto a más. Si los hechos económicos son difíciles de medir, la labor resulta vastamente más ardua en el terreno de las ideas. Parece, empero, que el «atraso relativo» de Campomanes, Jovellanos, Flórez Estrada y Canga Argüelles frente a Hume, Smith, Ricardo o Malthus es mucho mayor que el que podría separar a los líderes de la Escuela de Salamanca de cualquier otro protoeconomista contemporáneo de cualquier país.

Por lo tanto, aunque pueda acertar el profesor Beltrán con su definición, el discreto papel de los economistas españoles era relativamente más discreto hacia 1850 que lo que había sido tres siglos antes. Su punto de partida era así desventajoso con respecto a Europa, igual que le sucedía a la economía española. Es razonable conjeturar que los múltiples condicionamientos políticos e institucionales que frenaron a ésta hicieron lo propio con aquéllos.

Ahora bien, a partir de ese momento, cuando se inicia la investigación de Leandro Prados de la Escosura, el papel de los economistas españoles no mejora, mientras que en el exterior el auge de la teoría económica es espectacular. Cabe afirmar que Adam Smith es un economista mucho más interesante que Jovellanos, por nombrar a uno de los mejores pensadores económicos de la España de su tiempo. Pero ¿con quién comparar a Stuart Mill, Marx, Jevons, Menger, Walras, Marshall, Pareto, Böhm-Bawerk, Fisher, Keynes, Wicksell, Schumpeter, Hicks, Hayek? ¿Con Pastor, Figuerola, Jaumeandreu, Toledano, Piernas Hurtado, López de Peñalver, Rodríguez Mata, Flores de Lemus, Tallada, Bernis, Olariaga, Bernácer, Castañeda, Andrés Álvarez? Cualquier persona mínimamente familiarizada con la Historia de la Economía dará inmediatamente un respingo. El «atraso relativo» de nuestros economistas, en efecto, se mantiene, o quizá se amplía.

Un economista muy destacado osa exponer una teoría sobre la calidad del análisis en esta disciplina. Es Karl Marx, que plantea en *El Capital* una bonita y escueta tesis que une las dos dimensiones de la Historia de la Economía, hechos e ideas, y sostiene simplemente que la calidad de los economistas depende del desarrollo económico. Esta idea resultó seriamente golpeada por el propio Marx, quien se obstinó en creer que el capitalismo había llegado al final de sus potencialidades económicas, lo cual, en coherencia con su teoría, comportaba el agotamiento de la economía científica, y acabó así por creer que John Stuart Mill, de quien él mismo tanto había tomado, era poquita cosa. Pero no deja de ser una tesis atractiva: basta considerar el peso extraordinario de los economistas británicos, primero, y norteamericanos, después, para reputar de plausible la conjetura de Marx. Y para reconocer que queda

ratificada en el caso español: la brecha de nuestra economía y la de nuestros economistas es nítida durante el período de cierre paulatino de nuestros mercados desde la segunda mitad del siglo XIX hasta finales de los años 1950.

La teoría de Marx también encaja con lo que sucedió después. La economía se abre relativamente y gana posiciones con respecto a los países más desarrollados. Lo mismo sucede con nuestros economistas: empiezan a viajar al exterior y a recibir allí y aquí la alimentación cosmopolita indispensable para el progreso científico. El nivel del pensamiento económico español comienza a ser avalado por la presencia de nuestros estudiosos en los *journals* más afamados de la profesión.

No conviene, sin embargo, entusiasmarse demasiado con esta interpretación, ni con ninguna. Si el peso del PIB en la economía mundial (no el PIB per cápita) es lo que en realidad cuenta, debería haber una copiosa riada de economistas chinos. Si la clave estriba en procesos prolongados de crecimiento de la renta global y personal a tasas muy elevadas, en contextos de libre comercio y estabilidad, deberían haber florecido, al menos hasta la crisis de 1930, los economistas argentinos y canadienses, los japoneses y alemanes después, y en la actualidad los chilenos, taiwaneses o coreanos o, nuevamente, chinos. En España, Prados de la Escosura destaca el período de moderado librecambismo de las décadas de 1870 y 1880, notablemente fértiles en la teoría económica en varios países, pero no en estas tierras. Por otro lado, y por nombrar un país remoto y pequeño, con una lengua imposible: ¿por qué hubo tantos y tan buenos economistas suecos?

Finalmente, la cuestión de las nacionalidades es engañosa, puesto que incluso los economistas, como bien sabe quien esto escribe, emigran. Así, los fundadores de la Escuela de Lausana, que vivieron muchos años en Suiza y allí murieron y están enterrados, fueron el francés Walras y el italiano, nacido en Francia, Pareto. En nuestros días, son numerosos los pre-

mios Nobel «estadounidenses» que han nacido fuera de ese país.

Podría argumentarse que la enjundia de los economistas está en función de lo que estudian. El propio Prados avanza la sugerente hipótesis de que las dictaduras son propicias para el estudio de la Historia, por el deseo más o menos implícito de que queden atrás y, al revés del apotegma célebre, no se repitan. Hay otras alternativas, empero. El comunismo fue testigo de un auge de la economía matemática en las dictaduras soviéticas, mucho antes que en otras latitudes; quizá quepa colegir que sus cultores optaron por refugiarse en lo abstracto ante el rigor y no previsible caducidad de lo concreto.

Pero es de temer que tampoco pueda deducirse demasiado de esta línea de análisis. Los dos grandes temas a los que dedicaron sus esfuerzos los economistas españoles entre 1850 y 1950 fueron la Hacienda Pública, incluida la desamortización, y la política comercial. Ahora bien, las finanzas públicas fueron tema sobresaliente en la agenda intelectual de los economistas italianos, que no sólo concibieron la *public choice*, según ha reconocido reiteradamente el propio Buchanan, sino que dieron lugar a un grupo de científicos —Pareto, Barone y otros— que tienen una categoría inigualable desde España.

Otro tanto cabe argüir sobre la política comercial. Es verdad que el debate proteccionismo/librecambio absorbió las energías de los economistas españoles, pero tampoco era esa preocupación ajena a Ricardo, Malthus, Torrens y una amplia selección de los clásicos británicos hasta la derogación de las *Corn Laws* en 1846.

Por otro lado, el pensamiento económico no siempre brota de escuelas y no siempre de escuelas económicas: piénsese en individuos aislados como Gossen o Cournot, o en Dupuit y los ingenieros franceses de mediados del siglo pasado. Piénsese en un solitario Walras en Suiza o un Jevons en Australia. En España no hay francotiradores de ese nivel.

Una explicación quizá podría estribar no sólo en la falta de libertad de

los mercados en general, sino en añadir al mayor resguardo relativo de la economía española frente a la competencia la falta de libertad del propio mercado de los economistas, característica que prosigue hasta hoy.

En un mundo donde prevalece la búsqueda de rentas en el plano empresarial, cabría esperar que el fenómeno se repitiese en el plano académico. Cualquier persona que haya hecho carrera académica en la España de las últimas décadas reconocerá que algo puede tener que ver la falta de competencia con el doloroso hecho de que en nuestro país la retribución de los factores productivos de los economistas no guarda una estricta relación con su productividad marginal en tanto que economistas.

No se trata, por supuesto, del peso social o el eco popular de los economistas. Es obvio que Galbraith tiene que ser un hombre famoso entre los políticos y los periodistas —muchos creen que obtuvo hace años el premio Nobel— mientras que es lógico que Coase sea desconocido incluso por numerosos graduados en economía. En España es evidente que los políticos y los periodistas me conocen más a mí, por poner el ejemplo de un economista que frecuenta los medios de comunicación y que no me merece demasiado respeto, que a Gabriel Tortella, por poner el ejemplo de un economista que es parco en sus apariciones fuera de la profesión y que me merece el máximo respeto (y que tiene mucho que ver con el trabajo de Leandro Prados de la Escosura que inspira estas líneas). Pero aparte de la confusión que pueda afectar a los no especialistas, dentro de la profesión hay pocas dudas. Sólo dos artículos de Coase le han asegurado el Nobel. Las miles de páginas que ha escrito Galbraith, en cambio, de momento, no.

La cuestión es diferente. En España no solamente hay economistas populares que no valen académicamente nada. Esto es normal. Es posible que a mediados del siglo XIX algunas personas identificaran a Stuart Mill con Jane Marcet o Harriet Martineau. Lo malo de nuestro país es la confusión en el seno de la propia profesión. La falta de competencia abierta entre los

economistas da el resultado que cualquier economista formado podría predecir.

En España un economista puede acceder a los máximos honores universitarios y académicos sin tener ni una sola publicación científica. Esto es lo que nos transforma en una realidad diferente. Dado el marco institucional, hay un estímulo para formar mafias detrás de catedráticos poderosos y perpetuar el sistema, un sistema que no remunera principal ni exclusivamente la investigación y las publicaciones de relieve, sino el cabildeo y la presión burocrática y política.

Otra vez, no obstante, tampoco hay que exagerar esta perversión. La cocción de habas es una práctica vastamente extendida y sería muy injusto alegar que las camarillas pseudoacadémicas y la acumulación de premios y castigos por parte de quienes no los merecen es una práctica exclusiva de nuestro país. Coase ha subrayado que la plaza de Catedrático de Economía en Cambridge fue ganada por Pigou en 1908 no gracias a la sola consideración de sus méritos científicos, sino merced a las maniobras de su predecesor, Marshall; aunque es lamentablemente cierto que otros países se han quedado a mitad de camino: con las maniobras, pero sin Marshall.

No es cierto que los grandes economistas se hayan mantenido sistemáticamente al margen de los honores y los puestos encumbrados de la burocracia universitaria. Adam Smith fue una alta autoridad académica en la Escocia de la segunda mitad del siglo XVIII: Catedrático y más tarde Rector de Glasgow. En el capítulo I de la parte VI de su *Teoría de los sentimientos morales*, Smith escribió, quizá con celo autobiográfico, lo siguiente: «El hombre prudente siempre estudia sería y celosamente para comprender aquello que profese comprender, y no meramente para persuadir a los demás de que lo entiende, y aunque sus talentos no siempre son sumamente brillantes, sí son siempre totalmente auténticos. No pretenderá embaucarlo a usted con los solapados ardidés de un astuto impostor, ni los aires arrogantes de un pedante presuntuoso, ni las confiadas aseveraciones de un

pretencioso superficial e imprudente. No hace ostentación ni siquiera de las habilidades que realmente posee. Su conversación es sencilla y modesta, y rechaza todos los artificios de la charlatanería mediante los cuales otras personas tan frecuentemente se abren camino hacia la notoriedad y la fama. Para obtener reconocimiento en su profesión, está dispuesto a recurrir fundamentalmente a la solidez de sus conocimientos y capacidades, y no piensa siempre en cultivar el favor de esos pequeños clubes o grupos maquinadores que en las artes y las ciencias más elevadas se erigen tan a menudo en jueces supremos del mérito, y que se dedican a celebrar sus talentos y virtudes y a desvalorizar todo lo que entre en competencia con ellos. Si alguna vez se conecta con alguna sociedad de este tipo, es meramente en defensa propia, no con el designio de engañar al público, sino para impedir que el público sea engañado y perjudicado por los clamores, las murmuraciones o las intrigas de esa sociedad en concreto o de alguna otra de la misma clase».

Hay otro aspecto que complica el análisis y podrá ser considerado escandaloso en una era afectada por la hipertrofia de la razón, pero quizá deba reconocerse modestamente que el azar cumple un papel en la Historia. La desafortunada coincidencia de hecatombes en la España de la primera mitad del siglo XIX no es ningún secreto. Varias naciones europeas padecieron entonces calamitosas derrotas militares, pérdida de colonias, invasiones extranjeras, conflictos civiles y descalabros institucionales. Pero España fue el único país que sufrió todas esas tragedias.

En la vida, y también en la economía y en el pensamiento económico, hay tal cosa como la suerte. Fue propicia la fortuna con nuestra disciplina al hacer que la pobre Sra. de Ricardo se enfermase y tuviese que pasar una temporada en Bath, y que su marido, paseándose distraído por la biblioteca, descubriese allí *La riqueza de las naciones* y decidiese hacerse economista. Fueron afortunados los suizos al importar nada menos que a Walras y a Pareto. Y desde el lado de la apertura de fronteras y la suerte amarga ca-

bría postular un contrafactual: ¿qué habría pasado con el pensamiento económico en España de no haber muerto Stackelberg tan prematuramente?

Un español pionero de los estudios económicos en los centros extranjeros a la vanguardia de la teoría económica, el propio Lucas Beltrán, que estuvo en la London School of Economics en los años 1930, sentenció en una oportunidad que no había en la España de entonces más de una docena de economistas. A tenor del proteccionismo que había caracterizado a España desde hacía tanto tiempo y que aún regiría dos décadas más, y de la descomposición institucional que alcanzaría su trágico desenlace con la Guerra Civil y la dictadura franquista, acaso podríamos consolarnos y pensar que, con todo, tampoco lo hicieron tan mal nuestros economistas.

Quedaría, en cualquier caso, una nueva duda que hace referencia a una deficiencia relativa particular de la economía. Cualquiera que se pasease por España en la década anterior a la Guerra Civil habría extraído correctamente la conclusión de que en este país florecían el pensamiento, la ciencia, las artes y las letras. ¿Por qué no la teoría económica? ¿Por qué Barcelona o Madrid no fueron Viena?

Hay una respuesta obvia: Viena era el centro de un imperio, y Barcelona y Madrid no. Pero es menester añadir una explicación más específica: los economistas españoles apostaron por Berlín, no por Viena. En la *methodenstreit* que enfrentó a Menger y Schmoller los españoles implícitamente —porque la llamada controversia metodológica no tuvo eco aquí— se inclinaron por la escuela histórica, con toda su carga antiteórica y, nótese, antiliberal. Cuando Lucas Beltrán fue a Inglaterra, rompió con lo que había sido desde bastante tiempo atrás la costumbre de los escasos economistas españoles que completaban su formación en el extranjero. El grueso se dirigió, efectivamente, a Alemania.

De ahí el impacto que en nuestro país tuvieron el historicismo, el socialismo de cátedra y el krausismo. Ello pudo acarrear consecuencias positivas, como el fomento de los estudios

de Historia, pero no eran las fuentes más propicias para el análisis económico de alto nivel.

El panorama cambió con el lento proceso aperturista iniciado a finales de los años 1950. Nuestros economistas orientaron sus lecturas y sus viajes al mundo anglosajón, y se inició una vinculación con prestigiosas universidades británicas, y especialmente norteamericanas, que por fortuna se ha intensificado con el paso del tiempo.

Una última nota inquietante. La prometedor historia reciente de nuestros economistas no debe ocultar la persistencia, e incluso la acentuación, de algunas tendencias regresivas. Todavía el sistema es pasto de buscadores de rentas —nada hay más parecido a un *rent-seeker* que quien hace la carrera de funcionario público— y en absoluto el paraíso de la excelencia académica. Sucede así con la ciencia económica lo mismo que pensó Smith que sucedía con el crecimiento económico: tiene lugar a veces gracias a un marco institucional favorable y a veces a pesar de uno hostil.

No es casual que los economistas con publicaciones científicas sean aún minoritarios en España. Por utilizar la terminología de Prados de la Escosura, que integra esa selecta minoría, los «incentivos institucionales para un crecimiento hacia adentro» siguen vigentes, y han recibido renovados impulsos desde dos frentes que han incentivado marcadamente la demanda de estudios universitarios. Por una parte, el abaratamiento político de su precio, muy por debajo del de mercado, y por otra, el crecimiento del paro, que ha reducido el coste de oportunidad de estudiar. El resultado ha sido un aumento artificial del número de estudiantes, muchos de los cuales no deberían serlo, acompañado de una explosión correspondiente en el número de profesores, muchos de los cuales probablemente deberían acometer otros menesteres.

Existe, en resumen, material suficiente para defender la tesis de Marx en el caso español: la calidad relativa de nuestros economistas ha corrido pareja con la de nuestra economía. El contrafactual que plantea Leandro

Prados de la Escosura, por tanto, tendría su reflejo en un pensamiento económico más solvente en España de haber disfrutado los mercados de una mayor libertad. Pero la convergencia tanto en hechos como en ideas es algo tan fácil de imaginar como difícil de realizar, y son numerosas las matiza-

ciones que cabría formular al respecto, y este breve ensayo sólo apunta algunas. He dejado totalmente de lado, por ejemplo, la compleja interacción entre ambas dimensiones, algo importante en el caso español, puesto que un porcentaje significativo de nuestros principales economistas ha

desempeñado un papel activo, y en ocasiones crucial, en el diseño de la política económica de nuestro país.

A la economía española, pues, le habría ido mejor con más libertad. ¿Y a los economistas españoles? En dos palabras: mejor, quizá.